

“LA PATOLOGÍA DEL SER” de MARTÍNEZ OCARANZA

Enrique González Rojo

Antes que nada deseo explicar a ustedes el título de mi conferencia. Adelantaré, a reserva de ser más explícito posteriormente, que en ese nombre no aludo únicamente al libro que editó el profesor en 1981, un año antes de fallecer. Para que esta explicación resulte clara, siento que es indispensable aludir al hecho de que en la producción lírica de Martínez Ocaranza, como en la de otros muchos poetas, es posible, conveniente y hasta necesario distinguir dos épocas. La primera arranca con el libro **Al pan pan y al vino vino** de 1951 y termina con el haz de sonetos el **Otoño encarcelado** de 1968. La segunda abarca cuatro textos relevantes: **La elegía de los triángulos** (1974), **Elegías a la muerte de Pablo Neruda** (1977), **La patología del ser** (1981) y **La Edad del Tiempo** (1982). Entre 1968 y 1974 hay un período de silencio donde el poeta, en proceso de maduración y cambio, posiblemente gestó un puñado de poemas intermedios que no quiso publicar. Sea como sea, podemos afirmar que así como el verdadero Manuel José Othón comienza con **Poemas rústicos**, Díaz Mirón con **Lascas**, González Martínez con **Silenter** y José Gorostiza con **Muerte sin fin**, aunque sus obras precedentes no dejen de tener cualidades estéticas dignas de tomarse en cuenta, Ramón Martínez Ocaranza aparece con la voz propia, intensa e inconfundible que lo caracteriza a partir de **La elegía de los triángulos**. Si leemos con atención los cuatro libros que conforman la segunda época del poeta michoacano, advertimos que hay algunos temas, alusiones y acentos que diferencian unos poemarios de los otros; pero también que existe un común denominador o una infraestructura emocional que los convierte en partes de un todo. **La elegía de los triángulos**

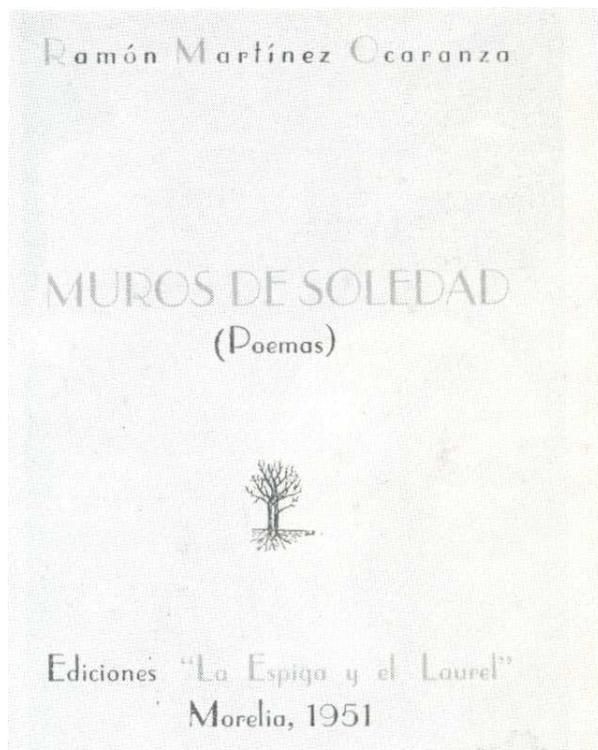
hace énfasis en la mitología nahuatl y en la hierofanía purépecha y, muy dentro del espíritu de Pascal, pone en entredicho a la **razón geométrica** desde un **esprit de finesse** que le hace decir socarronamente que es en las tabernas donde “crecen los conceptos”. Las **Elegías a la muerte de Pablo Neruda** exaltan el lado cainita del ser humano, la ubicuidad del odio o, como dice, el “amor vestido de candados”. **La patología del ser** pone el acento, si deseamos parafrasear a Max Scheler, en el puesto del hombre mal hecho en un cosmos abortado. La **Edad del Tiempo** está plagada de un extremo al otro de “meditaciones existenciales” con alusiones intencionadas y corrosivas al mundo clásico y mitológico. **La patología del ser** es, a mi manera de ver las cosas, no sólo el título de un libro, el extraordinario texto publicado en 1981, sino el tema englobante y el parámetro filosófico, épico y moral donde se afirman y desarrollan los versos, epigramas, manifiestos y hasta “novelas” que conforman el siniestro y al propio tiempo bellísimo mundo lírico de Ramón. El ser patológico hace acto de presencia, pues, no sólo en el libro consagrado a su problemática, sino en todos los demás. Que en esto hay una obsesión, nadie puede dudarlo. Pero cada vez estoy más convencido de que el verdadero poeta no escribe poemas aislados unos de otros y libros caracterizados por su unicidad, sino que, a veces sin sospecharlo, escribe un solo poema, personal e intransferible. Esta es la razón que me lleva a afirmar que los cuatro libros de la segunda etapa de Martínez Ocaranza no son otra cosa que los diversos cantos o cantares, en el sentido que le da al término Ezra Pound, donde se va desplegando con sus llagas, sus pústulas y su sufrimiento la patología del ser.



Retrato de el poeta.

Ramón Martínez Ocaranza no proviene directa y servilmente de

ninguna de las escuelas, tendencias o generaciones poéticas del nuestro país. Ni del modernismo, ni del posmodernismo ni siquiera de la vanguardia. No está cerca de los Contemporáneos o de Paz. No hay afinidades con Alí Chumacero o con Rubén Bonifaz Nuño. Es posible hallar algún punto de contacto con Efraín Huerta, pero, a mi entender, no es ni muy ostensible ni muy significativo. Quizás haya mayor cercanía de Ramón con un novelista y cuentista como José Revueltas, que con los poetas mexicanos que lo antecedieron o fueron sus contemporáneos. No es aventurado decir, por eso mismo, y en cierto sentido, que si Revueltas es el “novelista de las cloacas o del lado moridor”, Ramón es el “poeta de la podredumbre y las lobregueces”. De todo lo anterior hay que deducir una conclusión, y decirlo de manera resuelta y sin taxativas: Ramón Martínez Ocaranza es un poeta **único** en la poesía mexicana del siglo XX.



Si no estamos equivocados en nuestra apreciación, es lógico que nos preguntemos: ¿por qué un poeta de esta importancia, de esta envergadura, de esta originalidad no ha tenido el reconocimiento que se merece? Tres causas saltan a la vista, entre otras, que nos explican el olvido y la subestimación, para decir lo menos, que se tiene por la obra poética de Ramón: el ser un poeta de provincia, el no pertenecer a ninguna mafia literaria y el sostener una posición política radical. Martínez Ocaranza, en efecto, se vio perjudicado en vida y después de su muerte por ser un escritor y maestro que vivió principalmente en su querida Morelia, por amarrarse a los mástiles de la independencia ante el canto de sirena de las mafias y por ser comunista. La honestidad política y la honestidad poética son, sin duda, los rasgos relevantes y perpetuamente reproducidos de su conducta.



¿Qué es, para Martínez Ocaranza, la patología del ser? La convicción de que la realidad en su conjunto se halla enferma. Que es defectuosa. Que está

mal estructurada. En una intuición primera y esclarecedora, el ojo del poeta descubre, como si llevase a cabo la fenomenología de un caos, un lodazal o un estercolero, que la realidad está mal hecha. La patología no es atributo de una parte de la realidad o de ciertos entes, sino del ser en cuanto tal. La patología abarca al cosmos, a las creencias humanas, a la sociedad, al individuo y al propio poeta. La teratología del cosmos salta a la vista cuando advertimos, con Ramón, que **“el binomio de Newton nada vale/ junto a la maldición de las estrellas”**. Las convicciones religiosas, Dios y los ángeles, la mitología en su conjunto también se hallan averiados: **“la escala de Jacob está podrida”**, dice, con un nudo den la garganta, nuestro poeta. La antropomorfización de las deidades es tal que Martínez Ocaranza, como Luciano de Samosata, tiene que reconocer que **“los dioses también son sexomaníacos”**, y hasta que **“ser ángel es una condición de perro muerto”**. Enferma, maltrecha y monstruosa es también la sociedad. Tanto que Martínez Ocaranza dice, con un escupitajo de tinta: **“¡Qué fantasmas! ¡Qué monstruos! ¡Qué bisnietos!/ Tataranietos de patología”**. Los hombres, temerosos de verse, de comprobar sus deformaciones y defectos, **“inventaron teogonías por miedo a los espejos”**. E incluso la comprobación de la enfermedad incurable que padece la sociedad, cuestiona, problematiza y hasta arroja a la esfera de lo imposible el ingenuo proyecto de la emancipación social: **“Y vámonos al diablo, camaradas. Que la conciencia humana está podrida”**. El individuo no escapa de este mundo de llagas, lobregueces y estridencias. Si no nos detenemos en la superficie, sino que buscamos el trasfondo y el soporte, hallamos en los espíritus más preclaros un origen bestial. Dice Ramón, por eso: **“Pitágoras es nieto de los nietos de los tataranietos de un gorila”**. El desorden nace, se desarrolla y se eterniza en el universo mundo **“cuando Caín camina por la tierra”**. Pero lo más dramático de todo es que el poeta, el que denuncia la purulencia y el

morbo en el cosmos, las creencias, la sociedad y el individuo, también está inmerso en la enfermedad: **“Yo soy mi maldición”** -dice Martínez Ocaranza. **“Yo soy mi cueva. Yo soy el bosque de mis aquelarres”**. O también: **“todo mi corazón está podrido”**. El denunciante, pues, acaba por denunciarse. No obstante, un coágulo de luz, que participa en la oscura ambigüedad que lo conforma, le permite decir: **“Yo me llamo Caín. Yo soy mi muerte”**. Como escribe María Teresa Perdomo, en su texto riguroso y profundo **Ramón Martínez Ocaranza. El poeta y su mundo**: el autor “se sintió vivir en personajes abyectos, trágicos, degradados: fue Raskólnikov, Caín, Edipo o Karamasov”. Hasta el poeta, pues, se encuentra enfermo y la poesía -pretendida proclama de libertad- sufre de no sé qué padecimientos secretos. **“Yo soy -dice entonces Ramón- el adjetivo de la muerte”**. Patología del ser o ser de la patología. El don de ubicuidad lo tienen más que Dios la estridencia, la disfunción y el sufrimiento. La patología del ser universaliza la locura, y la poseía debe convertirse, y se convierte en Martínez Ocaranza, en el **“Sermón del manicomio”**.

XI

¡Oh, dulces soledades de la infancia,
que como leves nubes volanderas,
me tocaron el ser, en primavera
de margaritas llenas de fragancia!

¿De qué me sirve toda la constancia
de penetrar las cosas venideras,
si se perdió lo verde de las eras
en el atardecer de la ignorancia?

Cómo quisiera ser esa palabra
que significa lo que no se habla
sino que se nos da, reveladora.

Temblar de soledad inconcebida
con alas de paloma valbucida
para los cumplimientos de la aurora.

Penitenciaría de Merellán.
Otoño de 1966. —
Noviembre 24. —

Esta patología del ser es, simultáneamente, la patología del tiempo. La sucesión de las diversas formaciones sociales es la diacronía de modalidades distintas de la insania. Decir que en el seno de lo viejo se genera lo nuevo es igual que aducir -o denunciar- que en las entrañas de un padecimiento están las premisas del siguiente. Cada enfermedad va acompañada de su sintomatología específica. Quizás el síntoma más elocuente de la patología del ser, en su fase contemporánea, es la bomba atómica, esto es, la desintegración al máximo de los átomos sutiles que conforman, según Demócrito y Epicuro, el alma humana.

La lectura atenta de los últimos poemas del profesor, me llevan a la hipótesis, que no quiero silenciar, de que en Ramón hay una cierta desilusión, que no deja de estar justificada, del materialismo histórico y dialéctico tomado como **sistema doctrinario** Desilusión que lo conduce no a contraponerse al marxismo, sino a guardar distancia con él y, ya sin referencias dogmáticas o preconcebidas, a abrirse a la expresión y procesamiento de sus propias inquietudes, convicciones y torturas personales. Si la primera parte de su obra está realizada bajo el signo de la cosmovisión socialista y del optimismo revolucionario, la segunda, donde Ramón da con el acta de nacimiento de su propia voz, desface los entuertos del prejuicio para dar con los vericuetos de su locura fecunda y memorable. Es importante subrayar que un sistema cerrado, que no responde a las necesidades emancipatorias ni a las perspectivas individuales, frecuentemente empuja a planteamientos y concepciones contrapuestos a su enfoque. Siento que en Ramón había., e ignoro con qué grado de conciencia, ciertos residuos religiosos (aunque, desde luego, no dogmáticos) que, aplastados durante su período marxista, salen a flote ahora con toda libertad y honradez. El poeta de **La Patología del ser** ya no escribe en y desde un materialismo filosófico cabal. Mientras que para el

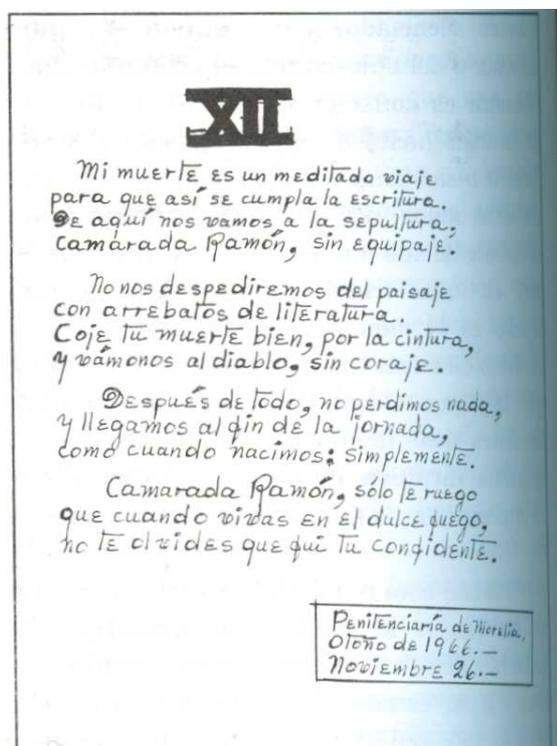
poeta materialista carece de sentido blasfemar, pedir un sentido a la vida, enloquecerse por la ausencia de una ordenación teleológica o saberse, lleno de angustia, en la patología ontológica, para Ramón -que va más allá de los poetas malditos- la salud, en la medida en que se puede hablar de ella, no está sino en la conciencia de la enfermedad. .Martínez Ocaranza es un poeta “de la rabia y la blasfemia”, como puntualiza Perdomo, porque sus viejas concepciones, enhorabuena, le hicieron crisis. Enhorabuena, digo, porque su cambio de terreno teórico y afectivo abrió la posibilidad, que fue realizada por el acucioso y emotivo trabajo del final de su vida, de dar a luz al gran poeta que es Ramón Martínez Ocaranza.



Quienes se han ocupado de la obra de Ramón, ponen el acento en que ella está influida por la Biblia -sobre todo el Antiguo Testamento-, Shakespeare, Dostoievsky y Lautrémont, etc. Yo quiero destacar otro influjo u otra coincidencia: la que existe entre la última poesía del profesor y los

gnósticos primitivos, contemporáneos, como Simón el Mago y sus sucesores, del cristianismo inicial. El gnosticismo sostiene, entre otras, las siguientes tesis centrales y muy características: a) este mundo que vivimos está mal hecho. Más que hablar de **creación** hay que hacerlo de **engendro**. b) La idea de que su autor es Dios es una falacia o un espejismo. Su creador fue un demiurgo suplantador o el mismo demonio. c) El supremo bien no puede tener nada que ver con un universo (y su **eón** respectivo) que es irracional, perverso y nefasto. d) El hombre posee, pese a todo, un fragmento de la pasión divina, que le permite desechar este mundo de tinieblas e imaginar la **pléroma** o sea el mundo de la plenitud, depósito de las esencias. Creo que no es difícil hallar los puntos de contacto entre las tesis de Basílides, Carpócrates o Valentín y las ideas que animan el discurso poético de Ramón. Es posible advertir idéntico descontento por la disfunción del cosmos y la injusticia humana. Dios aparece en la poesía de Ramón, dice María Teresa Perdomo, “como una fuerza incomprensible llena de locura, absurdo y crueldad”. Y Oralba Castillo Nájera hace ver que en la “macabra y siempre bellísima sinfonía” de Ramón “Satanás dirige la orquesta”. El poeta michoacano no sólo critica, como Nietzsche, la moral de los humanos, sino que, a lo grande, con manotazos y blasfemias, enjuicia a la creación y no retrocede ante la idea o el deseo de que Dios se suicide “**por su siniestro oficio de arquitecto de idiotas**”. Martínez Ocaranza, consciente de que el vate es el profeta, el que **vaticina**, el que anuncia apocalipsis y redenciones, se autoproclama el “último profeta” y se ve a sí mismo predicando “**en la Sinagoga de la última ceniza**”. Y ¿qué es lo que predica? ¿Cuál es su evangelio? “**Yo vine a predicar -dice- la última transmigración de palabras**”, esto es, de palabras-conciencia, de palabras-denuncia, de palabras-blasfemia. En ocasiones va más allá de los gnósticos - que tenían ciertos vínculos con el cristianismo, como en el caso de Marción- y

llega a afirmar, más bien gritar o aullar: “**Yo no creo en las Parábolas del Nuevo Testamento. Yo creo en las maldiciones del Antiguo Testamento**”. Martínez Ocaranza suscribiría la tesis del gnóstico Valentín de que el mundo es producto de un error y los humanos son en esencia deficientes. El residuo religioso que campea en su obra, lo hace volver a la concepción tradicional de la **caída** del hombre: “**de god en dog el hombre se transmigra**”. Un materialismo filosófico radical y congruente considera, a diferencia del pensamiento místico, que el hombre no ha sufrido una caída, no ha pasado del paraíso a la tierra, no ha devenido de Dios en perro, sino que nació desvalido, aplastado por su medio ambiente y por sus semejantes. En este contexto, su “destino histórico” no es **levantarse** para recuperar el punto desde el que se despeñó, sino conquistar posiciones y alturas nunca conocidas. Su pasión es, pues, el **salto** más que el **levantamiento**. Y aquí hay otro drama, que no se identifica con el de Ramón o el del gnosticismo.



Para comprender plenamente la poesía bíblica y al propio tiempo blasfemante de nuestro poeta hay que mostrar, por otro lado, el **lugar desde el cual** se enuncia. Brota de un anhelo de perfección, de vida plena, de ciencia humanizada, de predominio del amor. En la pugna, puesta de relieve por Empédocles, entre el Amor y la Discordia ha ganado la Discordia. Ramón dice, por eso: **“Jugamos al mor y nos ganó la muerte”**. Ha triunfado, pues, no lo que une, sino lo que divide. Pero el amor, replegándose, se vuelve perspectiva y pugna por levantar cabeza. Los **euquitas** o **mesalianos** (orantes), una de las sectas gnósticas más curiosas, hacen énfasis en la contraposición entre un mundo inferior de tinieblas (al que pertenecemos junto con nuestro demiurgo) y un mundo superior de luces donde reina el verdadero amor. Nuestro mundo ha sido creado en realidad por el diablo, el cual habita, además, en cada hombre. Hay, pues, la necesidad de un combate sin cuartel contra el demonio, lucha que puede llevarse a cabo con la única arma que el hombre dispone (o sea la plegaria) porque afortunadamente hay un corpúsculo de luz en el alma de cada individuo. Ramón es una especie de **euquita** que yergue su plegaria o su cantar sobre el soporte, a veces silenciado, pero nunca ausente, del amor o del odio-contra-el-odio. Martínez Ocaranza es consciente de que la muerte ha invadido hasta el amor: **“¡Amor! ¡Amor!/Palabra tristemente descompuesta”**. Por eso ubica al amor no en la pasividad y en el disfrute de sus mieles y bienaventuranzas, sino en una trinchera: **“El odio contra el odio es la más pura belleza del amor”**. Perdomo dice con toda propiedad: “La crítica que Martínez Ocaranza hace del hombre de todos los tiempos...lleva latente la sospecha intuitiva de que todo puede ser de otro modo más limpio, claro y armonioso”.

Ramón está pidiéndole constantemente un sentido a la vida y le horroriza no hallarlo. Resulta ajena a su punto de vista y a su estado de ánimo

la afirmación de que, en realidad, no hay un sentido (o una teleología) que preexista al hombre. El ser humano, en este contexto, es el animal que le da sentido a la vida o la bestia que actúa persiguiendo fines. Pero antes de él, a sus espaldas, no hay sino materia en movimiento, no hay sino leyes, grados, determinaciones, condicionamientos. Tal vez se puede, entonces, disentir del enfoque filosófico que subyace en la poesía de Ramón. Pero, independientemente de ello, hay algo indudable: en esta cosmovisión apocalíptica, gnóstica y desesperada, y no en otra, es donde se pudo manifestar el poeta de grandes vuelos que llevaba consigo Martínez Ocaranza.

Ramón coincide también con el existencialismo sartreano, el cual negaba la existencia de Dios, pero, añorando el sentido de la vida que el pensamiento religioso trae aparejado, comprobaba la espantosa contingencia y facticidad de todo y se veía presa de la llamada **náusea metafísica**. A decir verdad, tanto la filosofía existencial como algunos planteamientos posteriores de Marguerite Yourcenar, Emile Cioran y Henri Laborit tienen evidentes puntos de contacto con el viejo y por lo visto nunca muerto gnosticismo.

Quiero hablar, por último, de las virtudes, características y singularidades **formales** de la poesía de Martínez Ocaranza. Para entender la importancia y la significación de la aportación lírica del poeta de Jiquilpan, siento que es necesario no sólo aludir al **qué** de su poesía, sino al **cómo**. La primera y la segunda etapas en que se puede dividir la obra poética de Ramón, no se diferencian únicamente en el distinto y a veces hasta opuesto carácter del contenido o el mensaje, sino en el diverso **status** estético gestado a partir de una disímil conformación expresiva. Si en la primera etapa hay un entramado de formas diversas de versificación y rima, que culmina incluso con los sonetos del **Otoño encarcelado**, en la segunda se emplea como vehículo esencial de comunicación el verso libre, esto es, el verso deliberadamente

irregular que prescinde del “organillo melancólico” de la rima. En este segundo período, la metáfora, ese ingrediente fundamental de la efusión poemática, deja su terreno habitual de cosa ingeniosa, preciosista y sorprendente, es decir, de bibelot lírico. Ahora resurge como exclamación, aullido o desgarramiento, en una palabra, como “un chorro de sangre de la conciencia” que es la definición que de ella nos da Ramón en su **Autobiografía**. La forma natural y elocuente de expresar la **patología del ser** no podía ser la forma clásica, romántica o modernista. Tenía que ser violenta, paradójica y ambivalente. La poesía de Ramón, desde la **Elegía de los triángulos** hasta **La Edad del Tiempo**, sin olvidar su poema la **Vocación de Job**, es una poesía que, en contraposición a su primer libro dice al pan vino y al vino pan; poesía deliberadamente ambigua, difícil en veces, elíptica cuando se le ocurre, hermética en momentos cruciales, clara como el agua cuando el poeta quiere compartir con nosotros alguna de sus úlceras. En ocasiones, no demasiadas a decir verdad, Ramón gusta del juego de palabras y hasta se puede hallar cierta similitud entre la forma en que lleva a cabo esto Xavier Villarrutia -como cuando decía: “**cuando la vi/ cuando la vid/ cuando la vida**”- y la manera en que lo hace de cuando en vez nuestro poeta: “**¡Qué leyenda que pudo ser de sexos encontrados./ De cesos encontrados./ Desesos encontrados!**”. Pero yo me atrevería a decir que en nuestro trágico poeta más que haber juegos **lúdicos** de palabras, hay relaciones torturadas y torturantes de ellas. No es un juego para producir placer, sino para provocar sufrimiento o por lo menos inquietud. Ramón demanda lectores que abandonen su manera habitual de enfrentarse a un escrito. Requiere amantes de la poesía que se involucren en el drama humano que está viviendo y reviviendo, y no aquellos que, pasivos y papando sus propias neuronas, permanecen al margen del temblor apocalíptico que atraviesa esta poesía. Tal

es la razón por la que a muchos nos costó trabajo llegar a comprender al poeta. La metamorfosis que debe tener lugar en los lectores de Ramón, no es de fácil acceso y en ocasiones exige un abandono radical de caminos trillados y prejuiciosos. Sin embargo, cuando la persona se logra ubicar en el sitio adecuado para aprehender el mensaje en torno al ser-que-padece-de-una-enfermedad-estructural, saltan a la vista no sólo el **elan** del contenido sino las virtudes de la realización. Y es entonces que uno no puede menos que estar de acuerdo en que “**El único lenguaje verdadero es el llanto**”, como dice Martínez Ocaranza, o en que el tono bíblico, el empleo de ciertos recursos superrealistas, la belleza puesta al servicio de la fealdad (“**Bebe magnolias. Para que aprendas a matar culebras**”) o su predilección por la palabra **tarántula** en lugar de los vocablos **cisne** o **búho**, como dice Oralba Castillo Nájera, adquieren un sentido preciso, original y contundente.

A trece años de tu partida, querido Ramón quiero ofrecer al amigo y al hombre honesto que fuiste siempre, estas palabras de crítica literaria, pero también de afecto, que no son sino un intento de aproximarme a tu obra para disfrutar de la enorme poesía que la recorre y enriquecerme la sombra de sus excelencias.

México, D.F., 29 de noviembre de 1995.